

12º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MARCOS 4,35-40.

Aquel día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos:

—Vamos a la otra orilla.

Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron diciéndole:

—Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago:

—¡Silencio, cállate!

El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo:

—¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?

Se quedaron espantados y se decían unos a otros:

—¿Pero, quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

NECESITADOS DE SENTIR SU AMOR

En el Evangelio de este domingo se nos narra el episodio de **«la tempestad calmada por Jesús»**. La barca en la que los discípulos atraviesan el lago es azotada por el viento y las olas y ellos temen hundirse. Jesús está con ellos en la barca, sin embargo, se queda en la popa durmiendo sobre un cabezal. Los discípulos, llenos de miedo, le gritan: **«Maestro, ¿no te importa que perezcamos?»**.

Y muchas veces también nosotros, asaltados por las pruebas de la vida, hemos gritado al Señor: **«¿Por qué te quedas en silencio y no haces nada por mí?»** Sobre todo cuando **«parece que nos hundimos»**, porque el amor o el proyecto en el que habíamos puesto grandes esperanzas desvanece.

O cuando estamos a merced de las **«persistentes olas de ansiedad»**. O cuando nos sentimos **«sobrepasados por los problemas»** o perdidos en el mar de la vida, sin ruta y sin puerto. O, incluso, en los momentos en los que **«nos quedamos sin fuerzas»** para ir adelante, bien por estar en el paro o por un diagnóstico inesperado que nos hace temer por nuestra salud o la de un ser querido. **«Son muchos los momentos de tempestad»**, los momentos en los que nos sentimos agotados.

En estas situaciones y en muchas otras, **«el miedo nos invade»** y, como los discípulos, corremos el riesgo de no darnos cuenta de lo más importante. Y es que en nuestra barca, aún incluso dormido, **«está Jesús»**, que comparte con nosotros todo lo que nos sucede. Su sueño nos sorprende y desconcierta, pero es algo que **«nos pone a prueba»**. El Señor está ahí, presente, **«esperando que seamos nosotros los que le impliquemos»**, le invoquemos, le pongamos en el centro de lo que vivimos. **«Su sueño provoca nuestro despertar»**.

Porque, para ser discípulos de Jesús, no basta con creer que Dios está, que existe, sino que es necesario involucrarse con Él, es necesario también alzar la voz con Él. Es necesario **«gritarle a Él»**. La oración, muchas veces, es un grito: **«¡Señor, sálvame!»**

Hoy **«podemos preguntarnos»** ¿cuáles son los vientos que se abaten sobre mi vida, cuáles son las olas que obstaculizan mi navegación y ponen en peligro mi vida espiritual, mi vida de familia, mi vida psíquica también?



Y es buen día para **«contarle todo esto a Jesús»**. Él quiere que nos agarremos a Él, que sintamos su cercanía y apoyo en ese sinfín de olas violentas que se nos presentan a lo largo de la vida. El Evangelio cuenta que **«los discípulos se acercan a Jesús, le despiertan y le hablan»**. Este es el inicio de nuestra fe: **«reconocer que solos no somos capaces de mantenernos a flote»**, que necesitamos a Jesús como los marineros a las estrellas para encontrar la ruta.

La fe comienza por creer que no nos bastamos solos y **«sentir que necesitamos a Dios»**. Cuando vencemos la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, cuando le gritamos a Él, **«Él puede obrar maravillas en nosotros»**. Es **«la fuerza mansa y extraordinaria de la oración»**, que realiza milagros.

Jesús, implorado por los discípulos, calma el viento y las olas. Y les plantea una pregunta, una pregunta que nos concierne también a nosotros: **«¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?»**

Los discípulos se habían dejado llevar por el miedo, porque se habían quedado mirando las olas más que mirar a Jesús. Y **«el miedo nos lleva a mirar las dificultades y no a mirar al Señor, que muchas veces duerme»**.

«También para nosotros es así» ¡cuántas veces nos quedamos mirando los problemas en vez de ir al Señor y dejarle a Él nuestras preocupaciones! ¡Cuántas veces dejamos al Señor en un rincón, en el fondo de la barca de la vida, para despertarlo solo en el momento de la necesidad!

Pidamos hoy **«la gracia de una fe que no se canse de buscar al Señor»**, de llamar a la puerta de su Corazón. La Virgen María, que en su vida nunca dejó de confiar en Dios, despierte en nosotros la necesidad vital de encomendarnos a Él cada día. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
23 de junio de 2024